

El impacto del final de la Guerra Fría en el Caribe

Enrique Villarreal Ramos*

Resumen

El artículo analiza el impacto del final de la Guerra Fría en el Caribe a principios de los años noventa. El autor señala que, durante las primeras tres décadas de la Guerra Fría, América Latina y el Caribe obtuvieron un relativo poder de negociación internacional, derivado tanto de su geopolítica como de su geoeconomía. Sin embargo, con la intensificación de la Guerra Fría y la crisis económica de los años ochenta, la posición internacional de la región se debilitó y fue objeto de un renovado intervencionismo de Estados Unidos. Con el fin de la Guerra Fría, junto con otros procesos, como la globalización y la revolución informático-electrónica, se acentuó la vulnerabilidad internacional de América Latina, pese al bono democrático. No obstante, el Caribe mantiene su importancia geopolítica y geoconómica debido al incremento de los requerimientos políticos, económicos y militares de Estados Unidos. Para los países caribeños, el final de la Guerra Fría ha significado mayor dependencia de Estados Unidos o de Europa. Por último, se afirma que durante la rivalidad Este-Oeste, Cuba contó con efectivo respaldo del bloque socialista, lo que le permitió sortear con éxito el conflicto con Estados Unidos. A raíz del colapso del socialismo, en Cuba estalló una profunda crisis económica, con una correlación de fuerzas internacionales desfavorable, enfrentando sola una Guerra Fría intensificada por parte de Estados Unidos.

Abstract

The article analyzes the impact on the Caribbean of the Cold War's end at the beginning of the 90's. The author points out that during the first three decades of the Cold War, Latin America and the Caribbean obtained a relative international negotiation power due both to its geopolitics and to its geo-economics. However, with the intensification of the Cold War and the economic crisis of the 80's, the international role of this region weakened, and Latin America and the Caribbean became the object of a renewed interventionism from the United States. With the end of the Cold War, next to other processes, like globalization and the information-technol-

* Doctor en Estudios Latinoamericanos por la UNAM, Profesor adscrito al Centro de Relaciones Internacionales de la FCPYS-UNAM.

ogy revolution, the international vulnerability of Latin America grew stronger, in spite of the "democratic bonus". Nevertheless, the Caribbean maintains its geopolitical and geo-economical importance given the increase of the United States' political, economical and military requirements. For the Caribbean countries, the end of the Cold War meant more and more dependence on the United States and Europe. Finally, the author states that during the East-West confrontation, Cuba was able to avoid a direct conflict with the United States with the effective support that the USSR provided. As a result of socialism's breakdown, a deep economical crisis began in Cuba, with an unfavorable correlation of international forces for this country, facing alone a Cold War intensified by the United States.

Introducción

La ideología posmoderna extiende sus tentáculos del individualismo, el hedonismo, el consumismo y el pragmatismo por todo el orbe, concomitantemente con una globalización neoliberal que avasalla por su paso soberanías, Estados, economías, culturas y pueblos. La posguerra fría constituye un nuevo oscurantismo en el que impera la irracionalidad política y militar de Estados Unidos; la racionalidad instrumental del capital financiero, de la productividad y de la eficacia; la competitividad de bloques, de empresas transnacionales, de organismos internacionales, Estados e individuos y la banalidad materialista del *American way of life*, cuya vocación estandarizadora pretende arrasar con la pluralidad y riqueza de la cultura y de los modos de vida de los pueblos.

En primera instancia, los fenómenos del fin del siglo xx, tales como la globalización, la revolución científico-tecnológica, la formación y la competencia de bloques económicos y comerciales, la dictadura del capital financiero, las políticas neoliberales, el colapso del socialismo, la desintegración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) y del bloque soviético, así como la hegemonía política de Estados Unidos, han sido perjudiciales para América Latina, y entre sus implicaciones se encuentran las siguientes: crisis económica, ajustes, recesión y estancamiento; grandes sacrificios de las clases populares, los cuales derivan en mayores desigualdades y explosivos problemas sociales; el desmantelamiento del Estado, del sector público, de sus instituciones de seguridad social y de educación pública; el descrédito y la ilegitimidad de sus incipientes democracias; la acentuada dependencia y vulnerabilidad externa y la pérdida de soberanía; las intensas rivalidades entre los latinoamericanos y con sus hermanos del Tercer Mundo a causa préstamos, inversiones y mercados. En fin, impera un clima hostil para la realización de ideales y valores humanos, de fraternidad, de solidaridad, de auténtica libertad e igualdad. En este oscuro panorama, son las naciones más pequeñas, aisladas y dispersas las más vulnerables, como es el caso de las naciones del Caribe.

Naturalmente, hablar del Caribe es referirse a un diverso y complejo archipiélago de islas y Estados continentales que comparten el Mar Caribe, de ahí que se utiliza el concepto de “Cuenca del Caribe”. No obstante la gran heterogeneidad y diversidad de quienes integran esta región, en este estudio se analizará al Caribe como una entidad general, tomando como referente al Caribe isleño. Otra limitante es el periodo, ya que el impacto del final de la Guerra Fría es un proceso que continúa hasta la actualidad, por lo que se tuvo que acotar la investigación al impacto coyuntural o de corta duración que tuvo este fenómeno en el Caribe, es decir, hasta principios de los años noventa. Para evaluar dicho impacto fue necesario revisar los elementos que a continuación se señalan:

- 1) la Guerra Fría y América Latina;
- 2) la situación del Caribe, 1945-1989;
- 3) el final de la Guerra Fría y América Latina;
- 4) el Caribe de la posguerra fría (a comienzos de los años noventa); y
- 5) el caso de Cuba.

La Guerra Fría y América Latina

Durante 45 años el mundo fue rehén de la bipolaridad Este-Oeste, de la rivalidad política, militar, ideológica y económica entre Estados Unidos y la Unión Soviética, de un conflicto que mantuvo a la humanidad en un limbo ante la posibilidad de una catástrofe nuclear. En torno a esta rivalidad giraron una geopolítica y una geoconomía mundiales que asignaron posiciones y roles a cada uno de los países dependiendo de su ubicación geográfica, de sus recursos naturales, de la importancia de su economía y de los nexos con los centros hegemónicos, la independencia de su política exterior, entre otras variables. En muchos sentidos, la Guerra Fría fue un universo maniqueo que alineaba la actuación de los actores políticos internacionales en función de estas dos líneas de fuerza de atracción o repulsión.

América Latina fue de las regiones que obtuvieron un relativo beneficio material de la bipolaridad. Su ubicación, sus riquezas naturales, sus materias primas y diversos productos de exportación (algunos, como el petróleo, de gran valor para el mundo industrializado), sus estrechos lazos con Estados Unidos, y de manera coyuntural el *boom* económico de la posguerra, coadyuvaron a mejorar la posición estratégica del subcontinente y a obtener cierto poder de negociación internacional, variable, por supuesto, dependiendo de cada país. El ensueño desarrollista, producto de un crecimiento económico sostenido durante dos décadas, les dio a los latinoamericanos un renovado optimismo sobre su futuro

y una mayor seguridad frente al mundo, pese a que con mucha frecuencia Estados Unidos pisoteaba su dignidad e independencia.

Asimismo, un suceso inesperado en el libreto anticomunista, la Revolución Cubana, creó una hendidura socialista en América, una eventual alternativa estratégica frente a Estados Unidos ante la posibilidad de recurrir al bloque soviético. Es decir, durante las primeras tres décadas de la Guerra Fría, América Latina obtuvo una relativa autonomía en su accionar internacional debido a una también relativa fortaleza económica sustentada en la posesión de recursos de valor estratégico como el petróleo, la bauxita, el cobre, etc., y al manejo de una supuesta "amenaza comunista" como un as de los gobiernos para obtener ayuda extraordinaria del "águila del Norte", según denominó don Justo Arosemena a Estados Unidos.

Sin embargo, dada la enconada rivalidad entre las superpotencias y la hegemonía total de Estados Unidos sobre nuestra región, terminaron por imponerse las consideraciones geopolíticas de este último: el vasallaje que ejerce sobre Latinoamérica, no sólo de su política exterior, sino de sus propios regímenes políticos. De acuerdo con Luis Maira:

... la Guerra Fría los convertía (a los países latinoamericanos) en simples espectadores de la disputa militar entre Estados Unidos y la URSS. Dicho conflicto ligaba todos sus procesos políticos internos a las consideraciones que Estados Unidos hacía de su propia posición geopolítica en el área, lo cual en diversas ocasiones determinó actos de intervención más o menos abiertos que interrumpieron procesos de búsqueda de cambios sociales o de perfeccionamiento democrático, como ocurriera con el régimen de Jacobo Arbenz en Guatemala en 1954, con el gobierno del coronel Francisco Caamaño en República Dominicana en 1955, con la experiencia de la Unidad Popular en Chile en 1973 y con el régimen dirigido por el Partido *New Jewel* en Granada en 1983...¹

Este breve, pero significativo, recuento de acciones imperialistas nos revela, además, la importancia otorgada por Estados Unidos al "lago americano", al Caribe, como su zona de seguridad nacional, donde no tolera desafíos ni turbulencias. De ahí la gran trascendencia histórica de la gesta cubana, del encono yanqui, y de por qué para Cuba todavía no ha terminado la Guerra Fría.

La crisis económica y financiera de los años ochenta y las políticas recesivas neoliberales de nuevo socavaron la precaria autonomía lograda y, por ende, la posición internacional alcanzada por la región. La explosión de la deuda, el apremio por recursos financieros y el sometimiento a políticas de ajuste neoliberal

¹ Luis Maira, "América Latina frente a los desafíos del nuevo sistema internacional" en *Diálogo y seguridad*, núm. 1, Nueva Sociedad, Caracas, diciembre 1994, p. 58.

incrementaron la dependencia externa y terminaron con el optimismo inflado del desarrollismo. Asimismo, la tercera revolución industrial y la intensificación de los procesos globalizadores, además de vulnerar aún más las soberanías de nuestras sociedades, ocasionaron que éstas tuvieran que replantear su inserción económica internacional y, en consecuencia, sus paradigmas productivos internos, con sus consiguientes costos políticos y sociales.

Si la “década perdida” no fue una completa debacle para Latinoamérica y su accionar internacional fue porque la misma gravedad de la crisis económica y social —junto a hechos no menos graves como la Guerra de las Malvinas y la crisis centroamericana— generó cambios y respuestas de alcance latinoamericano. En primer lugar, la debacle económica fue también la de las dictaduras, lo que condujo a procesos de transición democrática, de manera que el bono democrático conquistado en los años ochenta compensaba hasta cierto punto otros ases y respaldos perdidos. En segundo término, la crítica situación que creaba la “*reaganomics*” en Centroamérica, la misma crisis de la deuda y la globalización, impulsaron a nuestras naciones a concertar acciones políticas —Contadora, Grupo de Río—, a reactivar iniciativas o crear nuevos acuerdos de integración económica intrarregional. Este activismo latinoamericano les permitió mantener cierta seguridad estratégica y no perder por completo el rumbo y su destino.

Los sucesos de 1989 cambiaron la historia del mundo y generaron un nuevo contexto que, en primera instancia, fue perjudicial para América Latina, según revisaremos más adelante, ya que primero presentaremos una visión general y sucinta de la situación particular del Caribe antes del final de la Guerra Fría.

La situación del Caribe, 1945-1989

La Cuenca del Caribe es todo el espacio geográfico, insular o continental, que accede al mar del mismo nombre. En 1990 su población total era de 200 millones, con una densidad poblacional de 48.6 habitantes por km², que duplicaba la correspondiente al conjunto de América Latina; el 43 por ciento de la población es rural, una proporción muy superior a la del resto de la región (28 por ciento).

Es un área compleja y heterogénea. Por ejemplo, el PIB por habitante de Bahamas, 9 185 dólares en 1986, es 24.8 veces mayor que el de Haití, que asciende a sólo 370.5 dólares. Pero la heterogeneidad no sólo se manifiesta en indicadores cuantitativos, sino por la diversidad y el muy desigual desarrollo de las naciones que integran la región (México, Venezuela, Colombia, Puerto Rico, Cuba, Trinidad, las Antillas Holandesas, etc.).

Algunos países han diversificado sus economías, mientras que otros viven casi en exclusiva de la agricultura, del petróleo, de la maquila, del turismo o de los

servicios. En términos políticos, el Caribe está integrado por Estados formalmente independientes, Estados asociados y colonias inglesas, francesas y holandesas. En general, y de manera formal, son democracias liberales con regímenes presidenciales (los de habla hispana) o parlamentarios, aunque con frecuencia hay gobiernos autoritarios e intervenciones extranjeras. En algunos, como Guyana, Trinidad o Surinam, las divisiones étnicas y raciales son importantes y han generado polarización y violencia política.

Pese a esta heterogeneidad, la Cuenca del Caribe comparte con el resto de la región historia, cultura, imperialismos, dependencia, subdesarrollo, problemas, luchas y destino. En este sucinto análisis, según se apuntó líneas arriba, nos referiremos, aunque no de manera exclusiva, al Caribe insular, dado que es el subconjunto que con mayor frecuencia suelen olvidar o demeritar (con excepción de Cuba) los estudios o la atención pública, no obstante la trascendencia del conjunto o de algunas de sus partes.

Conforme apunta Andrés Serbin,² conceptualmente la Cuenca del Caribe se ha definido de diversas maneras, pero aquí interesa destacar la definición que este autor señala: el Caribe como “un ámbito de interés geoestratégico que afecta a Estados Unidos” por su ubicación geográfica, su situación política y su valor económico. Por ejemplo, a comienzos de los años noventa, en términos económicos, la Cuenca del Caribe representó el cuarto mercado de importancia para Estados Unidos con 14 por ciento de sus exportaciones y 11 por ciento de sus importaciones. Del Caribe ha provenido 85 por ciento de la bauxita y 70 por ciento de los derivados refinados del petróleo que importa.

La penetración estadounidense en el Caribe data del siglo XIX, aunque es la Guerra Hispano-norteamericana el parteaguas imperialista por excelencia, tanto porque Estados Unidos se apropió de gobiernos, territorios y pueblos, como por iniciar una política de abierta y brutal injerencia en los asuntos caribeños, al grado de ser la zona con mayores intervenciones militares por parte de Estados Unidos en el mundo. A partir de este hecho, el coloso del Norte comenzará a transformar al Caribe en su “lago americano” y a desplazar gradualmente a las potencias europeas (Gran Bretaña, Francia, Holanda) con presencia en el área. A partir de la Segunda Guerra Mundial, la geopolítica y la geoeconomía del Caribe reveló creciente importancia, y fue el momento en que los yanquis aprovecharon para llenar de bases militares y navales a todo el Caribe. La coyuntura bélica no benefició a la región, y la persistencia de la crisis económica —que ya databa de la década anterior— generó efervescencia social de carácter reformista y democratizador, con algunos casos de resonado éxito (por ejemplo, Cuba y Haití).

² Andrés Serbin, “El Caribe: mitos, realidades y desafíos para el año 2000” en *El Caribe hacia el 2000. Desafíos y opciones*, Nueva Sociedad, Caracas, 1991.

Sin embargo, en los años cincuenta la democratización política fue frenada intensificando la penetración política, militar, económica e ideológica de Estados Unidos. Las potencias colonialistas europeas también intentaron neutralizar las luchas sociales, ya fuera por la vía política (el intento fallido de la Federación de las Indias Occidentales) o por la vía militar directa (el derrocamiento de Cheddi Jagan en la Guayana Británica).

Cabe señalar que la independencia política formal de las diversas colonias europeas no fue concomitante con la económica, sino que, por el contrario, hoy día se han fortalecido los nexos con la metrópoli, debido a que a Gran Bretaña, Francia (cuyos departamentos mantienen una dependencia total) y Holanda les interesa mantener o incrementar su presencia. Así, Europa ha creado diversos mecanismos o acuerdos, como la Convención de Lomé de 1974, que es un acuerdo comercial de cooperación y ayuda de Europa hacia un grupo de países de África, el Caribe y el Pacífico.

La Revolución Cubana trastocó el equilibrio geopolítico, impulsó poderosos cambios sociales y contagió no sólo a sus vecinos, sino a toda América Latina. En los años sesenta ya no pudo ser contenido el impulso independentista, en especial en las colonias británicas, y comenzó el proceso emancipatorio (por ejemplo, Jamaica y Trinidad en 1962, las Bahamas en 1973 y Granada en 1974). En estos casos, el tránsito a la independencia fue pacífico, porque se produjo una *entente* entre la metrópoli y las élites locales, además de que los nuevos Estados siguieron perteneciendo a la *Commonwealth*. Aunque la euforia independentista en algunos Estados de la región se tradujo en movimientos más radicales, incluso de carácter socialista (como la Granada de Bishop).

No obstante, los cambios políticos de la posguerra no ocasionaron transformaciones en la estructura económica y social. Así, por ejemplo, las Antillas angloparlantes continuaron dependiendo de sus exportaciones agrícolas aunque, en algunos casos, a partir de los años sesenta, cobraron importancia los sectores minero, manufacturero y turístico, sectores que ahora están controlados plenamente por transnacionales estadounidenses (como el petróleo trinitario por la Texaco y la bauxita jamaquina por la ALCOA). En los años setenta, países como Jamaica y Trinidad se beneficiaron del alza de precios de sus productos, pero ese hecho no cambió su carácter de economías de enclave y de completa dependencia de Estados Unidos (antes del gobierno de Michael Manley se apropiaron del 90 por ciento de la bauxita). Asimismo, en las islas de mayor peso económico se produjo un modesto proceso de industrialización, al igual que un relativo crecimiento no exento de un creciente endeudamiento externo, incluso en Trinidad, país que llegó a tener uno de los ingresos *per capita* más altos de América Latina.

Por otra parte, es menester señalar que el proceso de integración económica caribeña data de fines de los años sesenta, cuando se fundó la Asociación de

Libre Comercio (CARIFTA), integrada tanto por Estados independientes como por colonias, y cuyo objetivo inicial fue eliminar los aranceles para el comercio intraregional y alentar la sustitución de importaciones, a fin de favorecer la industrialización. En 1973, este organismo se transformó en la Comunidad Económica del Caribe (CARICOM), a fin de ampliar y profundizar la integración económica e impulsar políticas de desarrollo regionales. En el marco de la CARICOM se dieron negociaciones internacionales con otros bloques, como la Comunidad Europea. La CARICOM no sólo promovió el comercio en la región, sino que, como apunta Gérard Pierre-Charles:

La Comunidad Económica estimuló los sentimientos nacionalistas que se manifestaron a partir de los años setenta en Jamaica y Guyana; el robustecimiento de la economía nacional y del capitalismo en estos países suscitó cierta conciencia de la necesidad de la autodefensa frente a las compañías multinacionales, de reivindicar mayores precios para las materias primas y mayor participación del Estado en el aprovechamiento de sus recursos naturales.³

Además, hay que destacar que en los años setenta, en diversas naciones de la subregión, llegaron al poder gobiernos de tinte estatista (por ejemplo, Michael Manley en Jamaica y Forbes Burnham en Guyana), quienes intentaron hacer del Estado no sólo un interventor económico, sino un agente social redistributivo.

Así, la geopolítica y la geoeconomía particulares del Caribe, junto al estatismo desarrollista, el *boom* exportador y el incipiente proceso de integración económica, fortalecieron su posición estratégica y obtuvieron relativo provecho del auge de la posguerra (en especial las islas con más recursos), pero en la década de los años ochenta se produjeron trascendentes cambios que modificaron tal posicionamiento.

En los años ochenta, diversos hechos, procesos, políticas e iniciativas se conjugaron para generar en el Caribe situaciones diversas. La crisis económica generó incertidumbre y vulnerabilidad; la crisis centroamericana y la política de baja intensidad de Estados Unidos provocó inestabilidad, turbulencias políticas, intervenciones militares (de Granada en 1983, a Panamá en 1989) y, conjuntamente con la globalización, más iniciativas de integración económica (la Iniciativa de la Cuenca del Caribe, 1983). La tercera revolución industrial (que introdujo nuevos materiales sintéticos y cambio patrones de consumo) y la globalización (que dio lugar a la creación bloques comerciales) ocasionaron una reestructuración productiva y una nueva inserción dentro de la economía mundial. En primera instancia, los acontecimientos políticos marcaron el ritmo.

Como señala Pablo Mariñez, los años ochenta aparecían como una época

³ Gérard Pierre-Charles, *El Caribe contemporáneo*, 5ª ed., Siglo XXI, México, 1998, p. 322.

de esperanza para los pueblos de la Cuenca del Caribe: empezaban con los sandinistas en el poder, con el gobierno socialista de Bishop en Granada, el gobierno reformista de Desi Bouterre en Surinam y, junto a la Revolución Cubana, parecía que cambiaban la correlación de fuerzas y manifestaban la posibilidad de irradiar su ejemplo por toda el área. Ante estas conquistas de las luchas de los pueblos, Estados Unidos respondió con la política de baja intensidad, cuyo fundamento ideológico se encuentra en los documentos de Santa Fe I y II, que contenían estrategias proinsurgentes y contrainsurgentes (según se necesitara), a fin de “frenar al comunismo” y recuperar el control del Caribe y de toda América Latina. La invasión de Granada fue el punto de partida en los años ochenta para la recuperación por parte de Estados Unidos de aquellos gobiernos que rompían su diseño geopolítico anticomunista. El ciclo en esta década lo cierra la invasión a Panamá.

En este contexto, la Iniciativa de la Cuenca del Caribe (ICC) permite mostrar la revaloración geoestratégica y geoeconómica de la región por parte de Estados Unidos, así como sus esfuerzos por reposicionar su hegemonía ante su propia crisis económica. El objetivo de esta iniciativa fue promover en los países beneficiados del Caribe las exportaciones a dicho país, las inversiones extranjeras, la asistencia económica de Estados Unidos y la eliminación de cuotas de importación. Al respecto, cabe señalar que Puerto Rico era el mayor beneficiado con regímenes de excepción y privilegios especiales, a fin de que fuera el pivote de desarrollo de la ICC. La ICC-2 pretende ampliar la zona de libre comercio hasta el 2007.

Conforme apuntan Guillermo Hillcoat y Carlos Quenan, la ICC:

... además de responder en lo inmediato a exigencias geopolíticas —la política de contención frente a la irrupción en la región de múltiples conflictos sociales y militares entre fines de los setenta y comienzos de los años ochenta— buscaba moldear, a más largo plazo, la reinsertión internacional de las economías caribeñas.⁴

La ICC busca aprovechar las ventajas geoeconómicas y las condiciones propias del Caribe —la cercanía al mercado estadounidense y los bajos costos laborales (los salarios de Haití o República Dominicana, por ejemplo, eran más bajos que los de Hong Kong)—, a fin de sustituir manufacturas que importaba Estados Unidos de los “cuatro dragones asiáticos”, con quienes tenía un elevado *deficit* comercial. Uno de los resultados más trascendentes ha sido la aparición de Zonas Francas Industriales de Exportación (ZFIE), principalmente en República Dominicana, Costa Rica, Haití y Jamaica (Dominicana triplicó el número de ZFIE, y es el principal receptor de inversiones extranjeras), aún cuando Puerto Rico es el

⁴ Guillermo Hillcoat y Carlos Quenan, “Reestructuración internacional y reespecialización productiva en el Caribe” en Andrés Serbin, *op. cit.*, p. 84.

eje de esta estrategia industrializadora orientada hacia Estados Unidos. Además, estas zonas se encuentran diversificadas en los rubros de textiles, electrónica, agroindustrial, farmacéutica, etc. Estas ZFIE, mayoritariamente de capital estadounidense (aunque las inversiones asiáticas ganan terreno), además de permitir una nueva y dinámica inserción caribeña en el exterior, han promovido la intensificación de los vínculos intrarregionales (por ejemplo, Dominicana es el principal socio de Puerto Rico en la región).

Esta reconversión productiva se dio de manera conjunta con las políticas de ajuste consecuencia de la crisis económica. Con la drástica caída del precio de sus exportaciones tradicionales (petróleo, bauxita, azúcar, café, cacao, etc.) se deterioraron los términos del intercambio, al grado que hizo explosión el problema de la deuda. El neoliberalismo surgió entonces con sus políticas de ajuste dramáticamente recesivas. Por ejemplo, en el Caribe, el PIB cayó 8.3 por ciento entre 1981 y 1989 y la caída *per capita* fue de 15 por ciento, y sólo algunos países de la Cuenca tuvieron crecimiento relevante, como Colombia con 13.9 por ciento, Cuba con el 33 por ciento y Barbados con 8.1 por ciento,⁵ cifras superiores al promedio latinoamericano.

En el plano político, la crisis provocó el desplazamiento de las élites políticas tradicionales por una de carácter tecnocrático. Las políticas neoliberales que implantaron las élites tecnocráticas socavaron las bases sociales y clientelares de los partidos tradicionales, al grado que se han deslegitimado las instituciones democráticas. El descontento social derivado de esto ha reactivado las movilizaciones populares y en algunos casos ha retornado la violencia política y el autoritarismo (como en Haití o Surinam).

Al final de la Guerra Fría, la Cuenca del Caribe se encontró ante una grave crisis económica, social y política, aunque con procesos de cambio en marcha –tanto al interior como a nivel intrarregional– que intentaban adecuarla a las transformaciones que el mundo sufría, en especial a partir de los años ochenta.

El final de la Guerra Fría y América Latina

El final de la Guerra Fría es un conjunto de acontecimientos y procesos que incluyen la *Perestroika*, la *détente*, las cumbres de Islandia y de Malta, la caída del Muro de Berlín y la unificación alemana, el fallido golpe de Estado en la URSS, su desintegración y la del bloque soviético, el colapso del socialismo y la ola

⁵ Cifras citadas en Gonzalo Martner, “La Cuenca del Caribe: crisis económica y crecimiento demográfico hacia el 2000 y el 2005” en Gerard Pierre-Charles, *op. cit.*, p. 278.

democratizadora mundial. Todo esto fue un auténtico “terremoto en la política mundial” que se dio en el marco de la revolución microelectrónica, informática y biotecnológica, la emergencia de un nuevo paradigma tecnoproductivo (toyotismo, flexibilidad laboral, etc.), la globalización neoliberal (la intensificación de la integración por bloques —como la Comunidad Europea en 1992— o de las relaciones entre ellos) y la hegemonía del capital financiero.

La conjunción de todos estos fenómenos dio lugar a tres rasgos que van a caracterizar a la posguerra fría: la unipolaridad política —la tutela hegemónica mundial de Estados Unidos—; la bipolaridad militar —la existencia de dos superpotencias nucleares—; y la multipolaridad económica —la difusión del poder económico entre los tres principales bloques: estadounidense, europeo y asiático—. Se dice que 1989 es un parteaguas histórico, el inicio de una nueva época en el mundo, pero para algunas regiones, como América Latina, el impacto de los cambios comenzó unos años atrás.

De entrada, la política neoliberal y la recesión en los países desarrollados, la revolución tecnológica que introdujo nuevos materiales —polímeros, cerámicas, aleaciones especiales— y el cambio de hábitos de consumo en aquellas naciones produjeron la desvalorización de los energéticos y materias primas que Latinoamérica exportaba. La globalización fue imponiendo la dictadura económica de las ventajas comparativas, de la productividad, de la eficiencia, de la competitividad y de las alianzas y rivalidades comerciales. Mientras imperó la Guerra Fría, la dinámica económica se subsumía a las consideraciones políticas, pero una vez terminada ésta se impuso la implacable racionalidad instrumental capitalista y sus reglas para la nueva organización del mundo. En consecuencia, la posguerra fría implicó:

- 1) la desintegración de la URSS y del bloque soviético, que significó el fin del único contrapeso a la hegemonía de Estados Unidos y, por ende, que el resto de las naciones, en especial aquellas que recurrían al polo socialista como arma de negociación, quedaran estratégicamente desarmadas y presentarían de nuevo una gran vulnerabilidad, más aun si consideramos que este tipo de países (como los latinoamericanos) continuaban sufriendo profundas crisis económicas. Este nuevo fenómeno lo constató América Latina incluso antes que terminara el año de 1989: la invasión de Panamá por parte de Estados Unidos, que quedó impune ante la nula respuesta internacional, mostraba que en el orden de la posguerra fría nuestra región quedaba desamparada y completamente al arbitrio del imperialismo yanqui, lo cual se erigió en fuente de inseguridad y zozobra en su actuar internacional;
- 2) la tercera ola democratizadora mundial, provocada por la caída de las

dictaduras y el colapso del socialismo, ocasionó que la democracia liberal se erigiera en el paradigma político universal. América Latina—exceptuando Cuba—obtuvo un “bono democrático” que le dio cierta fortaleza política interna, al igual que una relativa seguridad estratégica hacia el exterior. Pero ante la desideologización de las relaciones internacionales y la intensificación de la globalización capitalista, la posesión de activos políticos no fue suficiente para compensar la mayor vulnerabilidad y dependencia política y económica de América Latina, en particular del coloso del Norte;

3) la preponderancia de las consideraciones económicas sobre las políticas o de cualquier otra índole, mostró no sólo la ausencia del polo socialista, sino la preeminencia que adquieren los organismos económicos multilaterales, las empresas transnacionales y los bloques regionales. La multipolaridad económica—presente de manera clara desde los años setenta—se caracteriza por una lucha por la hegemonía entre Estados Unidos y Japón, quien se ha erigido en una superpotencia, ya que aporta el 15 por ciento del PIB mundial, 7 de los 10 bancos más grandes son japoneses, lidera la robótica y la microelectrónica y penetra económicamente a Estados Unidos; Alemania y la Comunidad Europea se incorporan de manera gradual a esta pugna por la hegemonía económica mundial. Como parte de esto, ahora la confrontación Este-Oeste es sustituida por la rivalidad entre bloques o entre el Norte y el Sur, en virtud de que la rivalidad entre las potencias las obligará a disputarse zonas de influencia y de explotación;

4) en la posguerra fría cobra gran relevancia el lugar y la función que tienen los distintos países dentro de la estructura económica mundial, en la división internacional del trabajo y en sus relaciones con potencias y bloques. Este hecho, junto al que mencionamos en el siguiente párrafo, impulsó a México a incorporarse al bloque norteamericano inicialmente integrado por el tratado de libre comercio entre Estados Unidos y Canadá, y a que el resto de América Latina creara sus propios bloques (MERCOSUR) o reactivara antiguos acuerdos de integración (como el mercado común centroamericano). Esto no evitó que la inserción latinoamericana en la globalización fuera traumática, pues a los costos sociales que arrastraba por los ajustes y reestructuraciones económicas provenientes de los años ochenta habría que agregar la lucha y la competencia con bloques y países que buscan sus propios beneficios. En este contexto, entre más pequeña sea su economía (su capacidad productiva, sus recursos financieros, etc.) y más aislado se encuentre un país, peor serán los efectos que sufra por la “*trade war*”, por lo que a escala latinoamericana ello implicará una mayor heterogeneidad y desigualdad entre sus sociedades (así, se incrementa la distancia entre países como Brasil y México con Bolivia, Nicaragua y Haití); y

5) la dictadura de la racionalidad instrumental capitalista, que no es sino la del capital financiero, determinará una enconada lucha por capitales, tecnologías y mercados ante la dinámica acelerada de China y la incorporación a la órbita capitalista de los países ex socialistas, quienes atraviesan una fuerte crisis, pero cuentan con grandes expectativas favorables por sus bases productivas, tecnológicas, laborales, educativas, etc. Este es otro de los motivos que impulsaron a México a negociar un tratado de libre comercio con Estados Unidos y Canadá, y también provocó que otros Estados, no sólo de la región, intentarán sumarse directa o indirectamente a este bloque. Con el TLCAN, México obtuvo una posición que le permitió intensificar su apertura económica e interconectarse con otros bloques —la Comunidad Europea— y otras naciones y, por ende, reposicionarse a nivel internacional. Para Estados Unidos, el TLCAN es el primer paso para aterrizar la Iniciativa de las Américas (1990) de George Bush en el Acuerdo de Libre Comercio de América (ALCA), y hacer de todo el continente un coto exclusivo para los capitales, tecnología y mercado de la superpotencia imperialista.

En síntesis, para América Latina, el final de la Guerra Fría conllevó la necesidad de diseñar una estrategia global, basada en una agenda económica según las directrices de la globalización y la revolución científico-tecnológica, en un marco de creciente incertidumbre y volatilidad, aunque apoyándose en activos políticos, como lo fue el bono democrático. Empero, todos los acontecimientos, estructuras y procesos anteriormente señalados tuvieron un impacto desigual en nuestras naciones, dada la heterogeneidad estructural de las mismas, y la coyuntura particular que enfrentaban. A continuación, revisaremos el impacto particular de estos sucesos y procesos en el Caribe

El Caribe de la posguerra fría (comienzos de los años noventa)

El impacto del final de la Guerra Fría en el Caribe no sólo es mayor que en el resto de nuestra América, sino que tuvo particulares modalidades. Incluso en el caso de Cuba (que analizaremos posteriormente) no habido tal “final”, sino que ha tenido el efecto contrario: la Guerra Fría se ha “calentado”. Para analizar el impacto de este fenómeno, se han distinguido tres aspectos: el aspecto político, el aspecto económico y el de la seguridad (donde incluimos narcotráfico, migración y ecología), aunque el análisis se circunscribirá a principios de los años noventa.

Aspectos políticos

Si bien la correlación de fuerzas de la posguerra fría (favorable a Estados Unidos) pudiera suponer una pérdida de la importancia geopolítica del Caribe, esto no es así debido a los siguientes fenómenos:

- a) para el Caribe la Guerra Fría no ha terminado, ya que la supervivencia de la Cuba socialista no sólo plantea permanentes tensiones con Estados Unidos, sino que establece la necesidad de este último país de mantener el avasallamiento sobre los gobiernos caribeños. Por ello, se ha consolidado la presencia estratégico-militar de Estados Unidos a través de bases militares y acuerdos de asistencia y cooperación militar con los Estados del Caribe. Gracias a esto el imperialismo yanqui puede actuar con rapidez en sus intervenciones caribeñas;
- b) el final de la Guerra Fría no significó el término de los conflictos políticos y militares del mundo. Al contrario, al no existir el contrapeso socialista se han generado vacíos políticos que diversos actores internacionales han intentado ocupar. Estados Unidos, autoerigido como policía mundial, se ha propuesto salvaguardar el *statu quo* en función de su hegemonía. En este sentido, la Guerra del Golfo reveló la importancia estratégica del Caribe como vía de comunicación, plataforma militar y fuente de recursos naturales —petróleo— vitales para la seguridad y la hegemonía norteamericana;
- c) esta valoración estratégica de la región no conllevó que los países en lo particular se repositionaran, sino que, en lo individual, su situación fuera de vulnerabilidad, sobre todo por su dependencia económica de Estados Unidos o de Europa. Sin embargo, ante la necesidad de superar el aislamiento, los países caribeños han reactivado a la CARICOM y a los diversos organismos políticos regionales y han fortalecido sus nexos con el Grupo de los Tres. Este accionar externo les ha permitido enfrentar el aislamiento y la dispersión tradicional de la zona; y
- d) la década de los años noventa comienza en el Caribe con gobiernos conservadores, algunos con precaria legitimidad, otros carentes de amplia mayoría parlamentaria y sustentación social.

Aspectos económicos

La agenda caribeña se ha desplazado de lo geopolítico a lo geoeconómico, a los temas económicos, comerciales y financieros, naturalmente bajo la directriz neoliberal:

- a) la posguerra fría crea condiciones ideales para la expansión ilimitada de la globalización neoliberal. Entre las características que destacan de ella y

que afectan gravemente a América Latina y al Caribe están: la incertidumbre, la volatilidad, la vulnerabilidad de las economías y las finanzas. Ahora los países están en manos de las redes financieras, de los organismos internacionales, de los bancos y de las corporaciones transnacionales; calificadoros internacionales; están sujetos a su arbitrio y pueden ser desestabilizados en cualquier momento;

b) la rivalidad económica con los otros bloques integrantes de la multipolaridad económica y la pérdida de competitividad de la economía de Estados Unidos frente a ellos ha provocado que éste revalore la importancia de América Latina, incluyendo el Caribe, y busque, por ende, fortalecer los procesos de integración de toda la zona en función de sus intereses (el ALCA, por ejemplo). Para la región lo anterior implica un mayor avasallamiento económico por parte del coloso del Norte, aunque tendrá impactos diferenciados, pues en términos generales, los países más desarrollados de América Latina reciben “las mejores migajas”, que no es el caso del Caribe. Nuestra región también se puede aprovechar las rivalidades interimperialistas;

c) la unipolaridad política mundial, que implica para el Caribe una absoluta hegemonía de Estados Unidos, ha creado inmejorables condiciones para que la inserción económica del Caribe en la globalización sea en función del bloque norteamericano, teniendo como principales actores a las empresas transnacionales y a los organismos económicos internacionales e intergubernamentales;

d) el nuevo papel asignado por Estados Unidos al Caribe a través de la ICC, junto a la caída de los precios de las exportaciones tradicionales, ha obligado a una reconversión productiva impulsora de nuevos productos —textiles, farmacéuticos, electrónicos, entre otros—. Tal reestructuración también ha sido impulsada para aprovechar los vínculos con la Comunidad Europea (el Acuerdo de Lomé IV ofrece más condiciones preferenciales, apoyos extraordinarios, etc.);⁶

⁶ Empero, “la relación del Caribe con la CE sufrirá mayores tensiones a medida que la ayuda de la CE a la región disminuya al tiempo que ésta profundiza sus vínculos con Europa Oriental y la CIS (Comunidad de Estados Independientes)... Las exportaciones tradicionales del Caribe hacia la CE carecen de diversificación; la CE mantiene barreras arancelarias para los productos no tradicionales; el protocolo del azúcar refuerza especializaciones inapropiadas y muestra que el subdesarrollo tecnológico se deriva históricamente de la división internacional del trabajo”. Hillbourne Watson, “El cambio del paradigma tecnológico, la globalización y las tendencias integracionistas en el hemisferio occidental: evolución social y económica del Caribe” en Andrés Serbin y Joseph Tulchin (comps.), *El Caribe y Cuba en la posguerra fría*, Instituto Venezolano de Estudios Sociales y Políticos-Nueva Sociedad, Caracas, 1994, p. 133.

e) la intensificación de la integración del Caribe al bloque norteamericano se ha dado a través de las ZFIE y el turismo. En este esquema, Puerto Rico es una pieza básica para dicha incorporación, ya que recibe trato preferencial de Estados Unidos y del capital transnacional, lo que le permite dinamizar a otras economías de la región. Empero, la ICC (la iniciativa que echó a andar Reagan para la reconversión productiva y la nueva inserción externa) no ha dado los resultados esperados, ya que, por ejemplo, de tener un *superavit* con Estados Unidos, los países han pasado a saldos negativos en sus balanzas comerciales.

e) la integración al bloque norteamericano le asigna al Caribe una importancia geoeconómica nada despreciable. De acuerdo con cifras de Watson: “el Caribe es un mercado importante para las exportaciones estadounidenses; los países del ICC adquirieron 5 600 millones en productos de Estados Unidos y crearon 110 mil empleos para trabajadores estadounidenses en el área del comercio entre 1987 y 1990. La ICC le ha dado a Estados Unidos un estable excedente comercial con la región”;⁷ y

f) para el Caribe los precarios resultados —en términos de balanza comercial y de pagos, de integración sectorial, etc.— de la reconversión productivo-exportadora han mantenido los esfuerzos gubernamentales por reactivar la integración intrarregional —la CARICOM, la Organización de Estados del Caribe Oriental— y de fortalecer los lazos con el subcontinente, en especial a través del Grupo de los Tres. Sin embargo, la permanencia o profundidad de la crisis y de los ajustes neoliberales debilitan a los Estados, reducen sus espacios de maniobra y crecen su vulnerabilidad y dependencia externas.

Seguridad

Al comenzar la posguerra fría, como parte de su reposicionamiento hegemónico, Estados Unidos incluirá en la agenda caribeña asuntos que considera vitales para su seguridad: el combate al narcotráfico, el control de la migración y el freno al deterioro ambiental. Todos estos asuntos darán pretexto para mayor injerencia estadounidense en los asuntos caribeños:

a) el Caribe se ha convertido en una zona de tránsito del narcotráfico proveniente de Latinoamérica hacia el mercado estadounidense. Se estima que por el Caribe pasa de 60 al 80 por ciento de la cocaína que llega a

⁷ *Ibidem*, p. 139.

Estados Unidos. También hay producción local de estupefacientes y exportación de marihuana;

b) el control de los flujos migratorios es, asimismo, una fuerte preocupación para Estados Unidos. Las mayores desigualdades entre los países y los problemas de violencia política han estimulado tanto las migraciones hacia *Estados Unidos y Europa como las políticas xenofóbicas y restrictivas de éstos*; y

c) para Estados Unidos, los problemas ambientales representan un problema, no tanto porque le preocupe el equilibrio ecosistémico en sí mismo, sino porque afecta a la reproducción y acumulación de capital. Por ejemplo, el sector turismo —controlado en gran medida por los estadounidenses— se ve perjudicado con el deterioro ecológico.

Después del 11 de septiembre de 2001, la seguridad de Estados Unidos se erige como el tema central de la agenda internacional, pero su análisis ya rebasa los propósitos de este trabajo.

Cuba

Un caso especial es Cuba. Como es bien sabido, los problemas de la Revolución Cubana con Estados Unidos comenzaron prácticamente desde su triunfo en 1959, en particular cuando se convirtió en aliado de la URSS. A partir de entonces, la historia de Cuba ha sido la historia de la Guerra Fría. Asimismo, la Cuba socialista ha ejercido una trascendental influencia, no sólo en el Caribe, sino en toda América Latina e incluso en el Tercer Mundo, ya que la Revolución Cubana promovió no sólo gestas emancipatorias, sino la cooperación, la asistencia y la solidaridad hacia sociedades de otros continentes, como las africanas.

Durante la Guerra Fría, Cuba contó con efectivo respaldo del bloque soviético, lo que le permitió en buena medida resistir los embates del imperialismo yanqui. Una de las consecuencias de la Crisis de los Misiles fue que la URSS obligó a Estados Unidos a frenar sus intentos de invasión, aún cuando esto no evitó el bloqueo y una prolongada guerra de baja intensidad para exterminar a la revolución, a sus dirigentes y al socialismo. El bloqueo ha presentado graves estragos en la economía, en la sociedad y la política cubanas, ocasionando grandes sacrificios para el pueblo cubano.

América Latina, exceptuando algunos países, abandonó a la isla alineándose servilmente con Estados Unidos. Ello no evitó que la Revolución Cubana fuera un catalizador de los movimientos sociales en todo el subcontinente, ya que desde los años sesenta fue detonante de movimientos de muy diverso tipo: guerrillas, revoluciones, procesos de independencia. En el Caribe, en concreto, se estimuló el proceso de descolonización y la emergencia de gobiernos nacionalistas o

reformistas, tanto por catalizar las luchas populares de cada región como por el temor de las potencias imperialistas de que el contagio comunista se extendiera por todo el Caribe, y de ahí a toda Latinoamérica. La influencia cubana en el Caribe alcanzó su clímax con el gobierno de Bishop en Granada.

A raíz de la contrarrevolución reaganiana, y en especial de la invasión granadina, se produjo el reflujo de la influencia cubana en el Caribe. La guerra de baja intensidad incluyó revertir los avances del movimiento democrático y nacionalista en diversos Estados del Caribe; se buscó aislar a Castro; el bloqueo económico se intensificó, así como las operaciones encubiertas contra el gobierno cubano. Asimismo, la crisis del socialismo y la ola democratizadora mundial socavó los fundamentos ideológicos de legitimación de la propia Revolución, sin olvidar que la globalización, por su parte, avasallaba a todos los proyectos de desarrollo nacional, como el de Cuba.

El final de la Guerra Fría y el colapso del socialismo fueron los que determinaron el nuevo escenario, completamente hostil para Cuba, y catalizaron el proceso de acorralamiento y aislamiento de esta isla. El fin de la bipolaridad Este-Oeste no fue el final de la Guerra Fría en todos lados. En América Latina esta guerra continuó entre Estados Unidos y Cuba, pero ahora con toda la fuerza del imperialismo concentrada en tal combate, y sin que la isla tuviera el apoyo del bloque soviético. Así, el Acta de Democracia Cubana de 1992 pretende castigar a los países que comercian con Cuba y cerrar los puertos de Estados Unidos a los barcos extranjeros que han hecho escala en Cuba. Además, con esta acta Estados Unidos pretende evitar que funcionen las reformas económicas cubanas, ya que implicaría la entrada de capitales rivales.

Para Cuba, una primera consecuencia de esta renovada Guerra Fría fue el estallido de una crisis económica sin precedente y el inicio de un "periodo especial", que culminó en 1993 con la puesta en marcha de importantes reformas económicas (entre ellas la legalización del dólar, una mayor apertura a la inversión extranjera). Otro impacto fue la intensificación del aislamiento político y diplomático, que ocasionó un mayor aislamiento económico, lo que, en conjunto con la expansión de la globalización, la aceleración de la revolución tecnológica, la caída del precio del azúcar, el alza del precio del petróleo y el retiro del subsidio soviético, agudizaron la crisis cubana y disminuyeron aún más su influencia sobre la geopolítica y la geoeconomía caribeñas, pero también la obligaron a fortalecer los lazos con América Latina.

Entonces, para Cuba, el impacto del final de la Guerra Fría, el término de la confrontación Este-Oeste, de la rivalidad entre Estados Unidos y la Unión Soviética, es la intensificación de su conflicto con Estados Unidos, pero ahora aislada y debilitada. Para Cuba el final de la Guerra Fría ha sido "más Guerra Fría".

Conclusiones

En síntesis el impacto del final de la Guerra Fría para el Caribe —exceptuando Cuba, que sigue inmersa en ella— ha sido negativo, no sólo porque ha significado que Estados Unidos imponga su hegemonía mundial y quede con manos libres para acciones imperialistas, sino porque se conjuga con otros fenómenos que también han sido perjudiciales, como la crisis económica y la globalización neoliberal. De manera que, si bien América Latina y el Caribe en particular conservan una relativa importancia geopolítica y geoeconómica dada su ubicación, riquezas, mercados, etc., su vulnerabilidad y dependencia externas se han acentuado al grado de que su viabilidad y soberanía nacionales se encuentran zozobrando permanentemente.

Para Cuba el fin de la rivalidad Este-Oeste tuvo efectos dramáticos, ya que se dio en un contexto de guerra de baja intensidad de Estados Unidos contra todo los gobiernos y movimientos democráticos y populares de la región, y en la ausencia del contrapeso antes ejercido por la URSS. Esta intimidación y el temor que representa Estados Unidos han determinado que América Latina prácticamente desampare a Cuba. En consecuencia, para Cuba la Guerra Fría no ha terminado, aunque ahora se desarrolla en peores condiciones, con una correlación de fuerzas completamente desfavorable.